

ELEMENTOS PARA UNA PSICOLOGIA POLITICA DEL FASCISMO*

Alejandro Dorna
Universidad de Caen

RESUMEN

Las razones económicas y sociológicas de la caída de la República de Weimar en 1933, y la subida de Hitler al poder, son insuficientes para explicar el nazismo. Algunos modelos desarrollados en la psicología (Adorno, Milgram, Zimbardo) son interesantes, pero insuficientes. La reaparición en Europa y otros lugares de nuevas tendencias integristas, xenófobas y racistas, muestran que la razón puede volver a sufrir los asaltos de la irracionalidad y la violencia, y que las democracias, cuando se encuentran en crisis, pueden engendrar los viejos monstruos. El objetivo de este artículo es describir el contexto del nazismo, para después analizar tres enfoques relevantes, Sperber, Reich y Tchakhotine, y sacar conclusiones para la situación actual.

ABSTRACT

The economic and sociological factors of fall Republic Weimar's in 1933 and the ascent of Hitler to power are explanations insufficient for to describe the Nazism. Some psychologist model (Adorno, Milgram, Zimbardo) they are interesting, but insufficient. The irrationality and the violence can return to invade the reason, because integrist, xenophobe and racist tendencies recent that they invade to Europe and other areas. The old ghouls can reappear in democracies when they are in crisis. This paper describes the context of the Nazism, analyzing then three relevant perspectives (Sperber, Reich and Tchakhotine). Lastly reaches conclusion for the current situation.

Una ciencia social que no puede hablar de tiranía con la misma seguridad que la medicina, cuando ésta habla de cáncer, no puede comprender la realidad de los fenómenos sociales. No es científica. La ciencia social se encuentra actualmente en esta situación». Leo Strauss

La destrucción de la democracia y su sustitución por una tiranía totalitaria es un hecho recurrente en la historia. Otra constante es la ceguera de las elites republicanas gobernantes ante el peligro de su propia desaparición y la inminencia de un desastre social.

Un paradigma político ilustra trágicamente estos propósitos: el nazismo. La tiranía de un hombre puede conducir a toda una gran nación civilizada a cometer uno de los más atroces crímenes contra la humanidad. Su existencia en medio del siglo XX encierra un enigma psicopolítico y constituye un desafío al conocimiento, a la racionalidad y al análisis científico.

Las explicaciones económicas y sociológicas de la caída de la República de Weimar en 1933, y la subida de Hitler al poder, siguen siendo insuficientes. La inmensidad del horror que inspira la maquinaria de prejuicio, odio y deshumanización inventada por el nazismo han provocado, de la misma manera que las grandes tragedias personales, un deseo profundo de olvido y un consuelo silencioso en la injusticia del tiempo.

Hoy en día, la reaparición en Europa y en algunos otros puntos del globo, de nuevas tendencias integristas, xenófobas, racistas y fascistas, muestran que la razón puede una vez más sufrir los asaltos de la irracionalidad y la violencia, y que las democracias —cuando se encuentran en crisis— pueden nuevamente engendrar los viejos monstruos.

La psicología social posee algunos tipos de explicación importantes, pero incompletos (Adorno, 1950; Milgram, 1967; Zimbardo, 1973) ante la complejidad de situaciones antiguas y actuales. Ninguna teoría es aún capaz de proponer un antídoto eficaz. Sin embargo, enterrados en el olvido de los años treinta, las reflexiones psicopolíticas de algunos testigos oculares de la ascensión y el triunfo del nazismo pueden, tanto o más que las experiencias de laboratorio, arrojar una nueva luz sobre los mecanismos que controlan los comportamientos y las representaciones totalitarias, el culto de la personalidad y la sumisión dogmática a la ideología.

Los propósitos de este artículo son tres: situar el contexto de emergencia del nazismo (la República de Weimar), esbozar los enfoques psicológicos de Sperber, Reich y Tchakhotine, y finalmente extraer algunas conclusiones.

El «síndrome de Weimar»: la debilidad democrática de una república moderna

La caída del régimen democrático de la llamada República de Weimar, y su transformación en III Reich bajo la dirección de Hitler y el partido nacional socialista (Nazi), constituye un paradigma político de la «locura de la historia» y la articulación de diversos fenómenos que concurren a la construcción de una situación trágica.

El régimen de Weimar es el resultado de la caída de la monarquía prusiana y de las condiciones draconianas del tratado de Versalles, impuestas por los aliados a las autoridades alemanas, a fin de dar término a la primera guerra mundial.

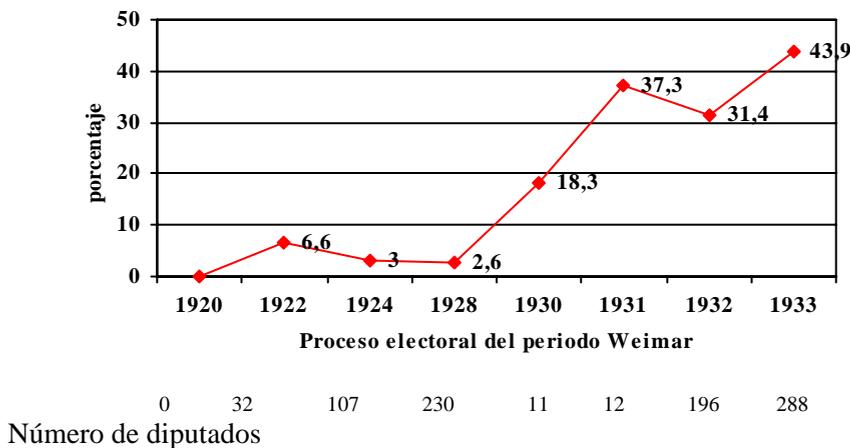
Al final de la guerra, Alemania estaba económicamente exhausta y políticamente de rodillas. La desmoralización es completa y los soldados que regresan del frente se encuentran sin trabajo ni ideales. La «paz de Versalles» es vivida por la nación alemana como injusta y humillante. Algunos políticos europeos lo reconocerían más tarde. Las sanciones impuestas al pueblo alemán serán una de las causas de la formidable ferocidad nacionalista que el nazismo utilizara en su favor.

Los años de gestación del nazismo hasta su triunfo electoral en 1933 son de una irresistible ascensión, que se desarrolla en medio de la asombrosa e incrédula ceguera del conjunto de la clase política democrática.

De la confusión de la derrota surgen fuerzas contrarias y tumultuosas, que agitan el país y se organizan en busca de nuevos horizontes. Un clima de confusión y de violencia se instala. La incertidumbre, la frustración y la pérdida de confianza en la clase política favorecen la formación de una fuerte ola de aspiraciones nacionalistas, aun sin un jefe reconocido ni una organización bien establecida. En medio de esta fragmentación social y política se funda el partido nazi en 1920, conglomerado heterogéneo con una audiencia reducida, que elegirá como jefe a Adolfo Hitler en 1921. La carrera vertiginosa del futuro tirano comienza, en medio de una audiencia reducida, pero que en pocos años se transformará en una marea humana que lo conducirá al poder absoluto.

La descripción gráfica, en porcentajes, de las diferentes etapas electorales democráticas durante la República de Weimar (ver gráfico 1), permite resumir la observación de los altos y bajos de la progresión electoral del partido nazi y, al mismo tiempo, apreciar la vertiginosa aceleración política y su aceptación en el electorado alemán. En la parte inferior del gráfico se puede ver la cantidad de diputados obtenidos por el partido nazi en cada elección, entre los años 1920 y 1933.

La lectura de esta representación esquemática del proceso electoral del periodo de Weimar exige algunos comentarios, antes de introducir las cuestiones psicológicas de fondo que motivan la reflexión de tres psicólogos Sperber, Reich y Tchakhotine, cuya participación en los eventos les permite ilustrar y profundizar la reflexión teórica.

Gráfico 1. Resultados electorales del Partido Nazi entre 1920 y 1933

Una primera observación salta a la vista: la «inevitable» ascensión del nazismo no se produce en línea recta, incluso en algunos momentos es posible pensar en su lenta desaparición de la escena política, especialmente entre el 4 de mayo de 1924 y el 20 de mayo de 1928.

¿Qué hechos pueden explicar el relativo estancamiento del movimiento nazi entre 1924 y 1928? Como fuerza esencialmente de contestación y agitación ideológica, los primeros pasos políticos del nazismo coinciden con una profunda crisis económica, una grave inestabilidad política y el enfrentamiento de tendencias contradictorias tanto en la derecha (liberales, católicos conservadores, nacionalistas y monárquicos) como en la izquierda (socialdemocracia y comunistas), que impedían la formación de un gobierno con una mayoría sólida. En tales circunstancias se produce el putsch de Munich del 8 y 9 noviembre 1923, que transforma a Hitler en símbolo de una nueva corriente política y en una figura nacional, cuyo partido dará la sorpresa electoral de conquistar 32 diputados. Sin embargo, una coalición estable de socialdemócratas, demócratas liberales y católicos, se instala en el poder y logra en pocos años una súbita y enérgica resurrección de la economía alemana. La república respira, la unidad nacional está a salvo, pero un hecho se destaca en el horizonte social y político, las masas permanecen indiferentes.

Una segunda observación es el aumento del descontento popular, como lo indican los resultados de 1930. La gran quiebra financiera de 1929 juega

un papel catalizador en la economía y la psicología de la sociedad alemana. La crisis financiera internacional golpea duramente la convaleciente industria germana. Una nueva coalición de gobierno, esta vez exclusivamente de derecha, lanza un programa de austeridad y de orden. El pueblo se inquieta y las organizaciones sindicales y los partidos de izquierda protestan. Los conflictos ideológicos se exacerban y el partido comunista alemán (PCA) acusa al partido social demócrata (PSD) de ser el aliado objetivo de la derecha y del socialfascismo. Una brecha profunda se produce en el interior del bloque democrático. Hitler se infiltra con una propaganda exuberante, violenta y terriblemente eficaz.

La República de Weimar vacila. Mas de tres millones de desempleados protestan y, decepcionados de la política parlamentaria y de los dirigentes de todas las tendencias democráticas, se dejan seducir por la campaña demagógica y de odio racial desencadenada por las organizaciones nazis.

La derecha nacionalista es prácticamente vampirizada por el partido nazi en las elecciones de julio 1932. Los únicos que resisten electoralmente son el PCA y el PSD, las fuerzas de derecha son reducidas a la categoría de grupúsculos.

Una tercera observación se relaciona con los resultados electorales de 1932, que constituye el momento culminante del avance incontenible del movimiento nazi, y la derrota ideológica y política de las fuerzas progresistas.

Desde 1930 Hitler se transforma en la figura central y en árbitro del juego de alianzas políticas. Consciente de su fuerza y de su rôle, al mismo tiempo del temor que sus ideas y sus métodos provocan dentro de los sectores moderados, Hitler impone un cambio táctico. La propaganda le sirve para ofrecer una imagen de moderación y alimentar una esperanza legalista. Su maniobra tiene éxito: establece una alianza política electoral con von Papen, líder del partido católico conservador.

Todas las condiciones están reunidas para la llegada al poder de Hitler. Pero, el asalto final no se produce. Los resultados del 6 de noviembre de 1932 indican un retroceso del partido de Hitler. Las fuerzas de izquierda comunista, socialdemócratas y otros logran reducir sus contradicciones frente al enemigo común.

No obstante, la república está agotada por tantas luchas intestinas, el pueblo está cansado de discursos inútiles, de desfiles y de elecciones que no solucionan nada. Se imponen fuertes medidas de excepción que el ejército rechaza. Así, Hitler utiliza hábilmente su alianza táctica con el partido católico y, a través de una mayoría relativa, entran «democráticamente» en el gobierno, a finales de enero de 1933.

La cuarta observación consiste en subrayar la velocidad con la cual se deterioran las creencias democráticas o, metafóricamente hablando, los muros *éticos* de contención, frente a los violentos oleajes de un ciclón autoritario. La enorme ola de contestación y la resaca de rencores, despedazan en un tiempo récord los dispositivos institucionales y las resistencias individuales. En un abrir y cerrar de ojos el paisaje social y político se transforma completamente. Entre el 30 de enero y el 5 de marzo de 1933, fecha de las últimas elecciones de la República de Weimar, la marea nazi se infiltra rápidamente en todo el aparato del estado y provoca la adhesión de los sectores de las altas finanzas, el ejército, la administración y la aristocracia, al mismo tiempo que decreta la ilegalización del PCA y prohíbe las manifestaciones de toda la oposición.

Una última observación. Aunque los resultados electorales son aplastantes por el porcentaje (43,9%) y el número de diputados (288), es necesario resaltar que, a pesar de todo, el partido nazi no obtiene el poder con una mayoría absoluta, sino que realiza una alianza electoral táctica, que rápidamente se transforma en dictadura de un solo partido y en tiranía de un jefe. Pero lo que causa problema y suscita una gran cantidad de interrogantes, es la pasividad, el conformismo y la resignación de las grandes fuerzas vivas y espirituales de la nación: ninguna resistencia de envergadura social se manifiesta contra el régimen nazi. ¿Qué ocurrió con los poderosos sindicatos controlados por el PCA y el PDS? ¿Qué pasó con los 5 millones de electores comunistas, los ocho millones de socialdemócratas, la importante masonería alemana y los católicos de izquierda? ¿Cómo se produjo una transformación de mentalidades tan rápida y profunda de una nación civilizada y culta? ¿Qué elementos psicológicos se pueden alegar junto a las condiciones sociales y económicas? ¿Cómo el hombre alemán medio, pudo transformarse en un bárbaro sádico y destructor? ¿Qué fuerzas mueven las masas humanas en esos períodos de gran desesperanza?.

Tales preguntas permiten situar el esfuerzo pionero de ciertos psicólogos, que trataron de desentrañar los enigmas del hombre y de la sociedad totalitaria. Entre ellos destacan W. Reich, M. Sperber y S. Tchakhotine.

Las raíces psicológicas del fascismo y la derrota de la razón

Viena 1900. El imperio austro húngaro vive una lenta y maligna desintegración. Curiosamente, los primeros años del nuevo siglo son de una turbulenta y rica actividad intelectual: pintores, músicos, artistas, escritores, científicos rivalizan en ingenio y creatividad. La atmósfera, propia a los

períodos de transición, deja planear la imaginación, fecunda las intuiciones y profundiza las dudas. La psicología no escapa a esa influencia, encuentra en Freud, Adler y otros pensadores una dimensión teórica hasta aquellos tiempos desconocida.

Elias Canetti menciona en su autobiografía *Historia de una vida*, un momento de «iluminación» que años después le permitirá escribir su penetrante ensayo sobre *Poder y Masas*, que es la radiografía de una época y el testimonio del estado de ánimo, que comparten todos aquellos que con lucidez examinaban el horizonte.

Era de noche, escribe Cannetti, «sobrecogido contemplaba el reflejo rojo de la ciudad en el cielo. No prestaba atención a la manera como caminaba. Tropecé varias veces y en uno de esos momentos, mirando ese cielo que no me gustaba mucho, de pronto me pasó por la cabeza la idea de que habrá un instinto de masa, que se encuentre siempre en conflicto con el instinto de la persona y que esta lucha entre los dos instintos explicaba todo el desenvolvimiento de la historia de la humanidad. No era, seguramente, una idea nueva, pero así me pareció y me golpeó con una fuerza inmensa. Me pareció que todo lo que en esos momentos pasaba era su resultado (...) Lo que era la masa, no lo sabía, era un enigma que me proponía resolver y que me pareció ser el problema más importante, en todo caso, aquél que se situaba en el primer plano de nuestro siglo...»

Este recuerdo manifiesta una fuerte intuición: la presencia de las masas como fuente original de la psicología política del fascismo.

Wilhelm Reich (1897–1957): el análisis del carácter del fascismo

La obra psicológica y política de Reich es precoz y sagaz. Su espíritu anticonformista y crítico le hacen situarse al margen de las dos grandes fuentes de inspiración intelectual de su época, el marxismo y el psicoanálisis freudiano, que su trabajo teórico y su acción política tratan de reunificar y sobrepasar. La consecuencia ha sido una suerte de conspiración del silencio sobre sus escritos, que tiene raíces mucho más profundas que los simples intereses personales y las disputas académicas. En efecto, el pensamiento de Reich ha conocido el destino casi inevitable de todos aquellos que han tratado de desviarse de la ciencia oficial y de las verdades impuestas por la tradición. (1)

Los análisis psicopolíticos de Reich tienen como objetivo de fondo aportar una respuesta científica a una pregunta contingente: ¿cómo pudieron las masas desear el nazismo?

La postura crítica del enfoque reichiano

Antes de desarrollar brevemente los argumentos de la teoría reichiana aplicada a la cuestión del fascismo, es útil situar descriptivamente la posición del autor respecto a sus dos interlocutores ideológicos: Freud y Marx.

Si Reich se aleja claramente de la ortodoxia freudiana, la mayoría de sus conceptos se sitúan en la perspectiva psicodinámica (2). Discípulo y luego disidente, su crítica es social y metodológica. Por una parte, escribe, «lo exacto en esta teoría (de Freud) es simplemente que la represión crea la base psicológica colectiva de una cierta cultura. Lo que es inexacto es la afirmación que la represión sexual funda la cultura en general». Por otra parte, el conflicto con Freud se agudiza, en los años veinte, cuando este último afirma que la neurosis es un hecho endógeno, por tanto, biológico y hereditario. Para Reich esta (nueva) orientación teórica de Freud transforma en ilusoria la esperanza de mejorar la condición humana eliminando la represión sexual, y prácticamente inútil toda acción social destinada a liberar la vida emocional individual y colectiva.

La posición de Reich es una reacción optimista, libertaria e independiente, frente a un Freud pesimista, conservador y autoritario. La controversia no es puramente teórica, pues tiene consecuencias diferentes en cuanto a la actitud a adoptar respecto a las instituciones que reprimen la sexualidad, sea esta la causa o no del conflicto neurótico. El análisis freudiano pasaba por alto una contradicción: si el comportamiento irracional del hombre era inevitable, ¿a qué fines estaba destinada una práctica psicoanalista que se proponía instalar un comportamiento racional?. Freud explica Reich, no se pregunta si la realidad social es racional o no, y en qué medida lo es, si está estructurada al servicio del hombre y de su felicidad o, al contrario, está orientada a la represión y la explotación del hombre por el hombre.

El órgano oficial de la sociedad psicoanalista internacional después expulsará a Reich de sus filas, condenando duramente sus teorías y sus convicciones políticas que se consideraban demasiado extremas.

En esta polémica interna del psicoanálisis, la poderosa influencia —actualmente inimaginable— del enfoque marxista juega un rôle importante, así como los estudios pioneros del antropólogo Malinowski, que confirman las carencias sociológicas del modelo freudiano y la importancia de la estructura social en la formación del carácter y la conducta humana.

Frente al marxismo teórico, la actitud de Reich es más ambigua: un gran respeto por Marx está unido a una inteligente crítica contra los seguidores, especialmente los dirigentes políticos socialdemócratas y comunistas. Es preciso considerar que su reflexión tiene como motor la valoración

política de los hechos, y no las elucubraciones teóricas sobre la doctrina. En ese sentido es un militante que ejerce su acción; plantea nuevos interrogantes y da nuevas respuestas a una situación, que se escapa a los análisis clásicos y a las aplicaciones mecánicas propuestas por los gendarmes de la teoría marxista oficial.

La práctica clínica y el conocimiento del estado psicológico de la gente, le conducen a intuir, probablemente antes que muchos otros (marxistas y psicoanalistas) que un fenómeno político sin precedentes estaba a punto de producirse en el seno de la sociedad alemana. Reich reflexiona sobre las aplicaciones teóricas del acontecimiento político que se desarrolla inexorablemente a la vista de todo el mundo: la irrupción brutal del «partido obrero nacional socialista» y de su ideología racista. Al mismo tiempo analiza la incapacidad ideológica de los demócratas y antifascistas para contrarrestar la fascinación, que ejerce en las masas populares el discurso y las técnicas de manipulación del nazismo.

En su texto más polémico, la *Psicología de masas del fascismo* (1933), el análisis de los resultados electorales le lleva a plantear una asombrosa paradoja: los sectores proletarios votan contra sus intereses de clase, y la pequeña burguesía se pone una venda en los ojos, a fin de votar por un partido vocinglero y poco corriente. Desde el punto de vista de la visión racional («pan-economista») preconizada por los marxistas de la época, hubiera sido lógico esperar que las masas pobres alemanas tuvieran un mayor grado de consciencia de su situación social, y buscaran una salida duradera y realista que aliviara sus sufrimientos. Sin embargo, se produce lo contrario: las masas pobres conducen al partido nazi a tomar el poder.

Reich denuncia así el «escándalo teórico» que revelan estos hechos y la ceguera del «marxismo vulgar», como irónicamente Reich califica a la ideología de la izquierda de su época. Las preguntas son numerosas: ¿cómo podemos explicar el deseo de las masas de convertirse en fascistas? ¿por qué se dejan dominar por individuos mediocres y demagogos? ¿qué determina que objetivamente exista un desfase entre la situación económica y la estructura psicológica de las masas?

Curiosamente, constata Reich, las disonancias entre el razonamiento (marxista) y la realidad, hace que los dirigentes políticos marxistas busquen refugio en nociones psicológicas y metafísicas («manipulación», «demagogia», «psicosis colectiva»), cuya única función no es otra que llenar el vacío teórico y la ausencia de explicaciones válidas.

En definitiva apunta Reich: «el reino de la psicología de masas comienza justamente donde la explicación socioeconómica desaparece». Los hechos y la reflexión lo conducen a la búsqueda de un enfoque capaz de

explicar los mecanismos psicológicos (ideológicos) que reflejan las estructuras sociales. Su conclusión es audaz y polémica: la ideología posee un rôle autónomo y se desarrolla independientemente de la estructura económica de la sociedad. Mas aun, la ideología crea la estructura social.

La ruptura con el marxismo oficial esta consumada. La reacción del aparato político comunista no se deja esperar: Reich es duramente criticado, expulsado del partido y considerado un hereje peligroso.

Dos precisiones tomadas directamente del texto de Reich clarifican un poco más su posición:

«El marxismo vulgar separa esquemáticamente la existencia económica de la existencia social, tomada en su conjunto, y sostiene que las ideologías humanas y la consciencia están determinadas exclusiva y automáticamente por las condiciones económicas; descuida así el hecho que el desarrollo económico depende de la ideología».

«La ideología de una sociedad determinada no refleja solamente el proceso económico, sino también su función de introducir ese proceso económico en la estructura psicológica de los miembros de la dicha sociedad. El hombre se encuentra influido de dos maneras por las condiciones de su existencia: directamente, por la influencia inmediata de su condición económica y social e, indirectamente, por la estructura ideológica de la sociedad».

El modelo de Reich aplicado a la psicología política

De los comentarios anteriores se desprende una constante: el factor decisivo no se encuentra en la estratificación económica, sino en la estratificación psicológica y la actitud emocional de las masas. Esto justifica plenamente la tarea de la psicología política como la investigación de ese «factor subjetivo de la historia» y la búsqueda de las razones que hacen que la mayoría de los trabajadores hambrientos y explotados no roben, no hagan huelgas, ni tampoco revoluciones.

El análisis de Reich sobre la estructura del carácter se funda en un modelo bio-psicológico sedimentado por la evolución social. Desde el punto de vista clínico, a través del cual Reich considera las reacciones humanas, la estructura del carácter esta compuesta de tres niveles en interacción y parcialmente en conflicto: una capa superficial (cultural), otra intermedia ideológica) y finalmente un núcleo biológico profundo.

En primer lugar, en el nivel 0, la existencia del hombre común se presenta (superficialmente) bajo una forma cultural de cooperación social. El ser humano es reservado, cortés, consciente de sus deberes y meticoloso.

Sin embargo, se trata de una máscara que produce una imagen aceptable del hombre civilizado, un juego de apariencias sociales. Ningún contacto, escribe Reich, se produce entre este nivel y el núcleo biológico del individuo. En cambio, la interacción es intensa con el nivel intermedio, que representa el aspecto inconsciente, según Freud, de las pulsiones libidinosas, crueles, sádicas, envidiosas que reflejan los sentimientos antisociales del hombre. La causa se descubre en los efectos perversos que produce la represión de pulsiones primarias que constituyen el núcleo biológico de base. La represión pervierte la naturaleza humana, básicamente cooperativa, amistosa y honesta y la transforma en un conformismo social «hipócrita» en el sentido etimológico del término, un juego de actores, es decir, en un simulacro de humanidad civilizada. El resultado psicológico es la formación de una ideología que (re)produce la estructura y los conflictos de la sociedad. Según Reich es así como se inhibe la autenticidad natural del hombre, solo expresable a través de las grandes obras de arte musicales y pictóricas, así como en la actividad científica. (2)

La cuestión del fascismo como un fenómeno universal

Las armas críticas de Reich son útiles al aplicarlas al proceso fascista. Su preocupación es desmontar los mecanismos psicológicos que sostienen y justifican la emergencia del movimiento fascista, como un fenómeno que escape a los reduccionismos económicos, sociales y geográficos. Reich integra en su enfoque una observación básica: el fascismo no es el producto del acto de un individuo aislado, de una nación, de un grupo étnico. En efecto, el fascismo no es solo un partido político, sino una filosofía de la vida y una actitud específica respecto a los hombres, al amor y al trabajo. Para Reich, el fascismo y el hombre fascista son la expresión pública y masificada del nivel intermedio del carácter, es decir, de la representación perversa de la vida y de las relaciones sociales. Así, una idea básica adquiere forma en la visión reichiana: todo hombre lleva consigo, en su estructura de carácter, los elementos de la sensibilidad y del pensamiento fascista.

En consecuencia, la idea de proponer una explicación puramente socio-económica del fenómeno fascista, deja sin respuesta la cuestión de la interacción entre los condicionamientos impuestos por la sociedad, y el peso específico de la formación tanto ideológica como emocional de las masas. Las instituciones sociales, especialmente la familia autoritaria y la iglesia, juegan un rôle central en la represión y la transformación perversa de las

pulsiones y necesidades biológicas primarias de los seres humanos. De hecho, todo misticismo, del cual el fascismo participa, descansa en último término en los deseos no satisfechos de las masas. Así, la ansiedad que marca la época de génesis y desarrollo del fascismo, se explica a través de la dinámica y la estructura intermedia del carácter.

Desde ese punto de vista, el movimiento fascista conlleva todas contradicciones de la sociedad civil y de la estructura psicológica del hombre transformado en masa. Todo fascismo es «una amalgama —escribe Reich— de emociones revolucionarias y de conceptos sociales reaccionarios». Habrá siempre revueltas fascistas cuando «una emoción revolucionaria se transforma en ilusión» de puro temor a mirar la realidad de frente. (4)

Hacer del fascismo un fenómeno exclusivamente alemán, italiano o japonés es un error político y un fallo teórico. En realidad, el fascismo es un fenómeno mundial que penetra todas las organizaciones y naciones humanas, que expresa la actitud emocional del hombre oprimido por la civilización de la máquina y su ideología místico-mecanicista.

Ese hombre emocionalmente reprimido toma la forma del hombre «apolítico» de la clase media. Una constatación política se impone. Hitler logra su victoria electoral gracias a la movilización masiva de la clase media, constituida en gran parte de honestos ciudadanos «apolíticos». Esta observación es aplicable a otros países. La interpretación permanece aun abierta. No obstante, Reich avanza un diagnóstico: «la actitud apolítica no es, como se podría creer, un estado psicológico pasivo, sino una posición activa, una defensa contra el sentimiento de la propia responsabilidad política. (...) El movimiento revolucionario ha ignorado hasta hoy este hecho, y ha tratado de politizar al hombre apolítico, haciéndole tomar conciencia de sus intereses económicos insatisfechos».

Grave error. El «apolítico» no se interesa por las explicaciones de la realidad económica. No escucha ese tipo de razonamiento. En cambio, la fraseología fascista lo conmueve. De hecho, la argumentación racional no lo persuade, mientras que el discurso fascista lo convence. ¿Cómo es posible?, se pregunta Reich. Su explicación es clara: el discurso fascista posee una gran fuerza emocional que fascina al apolítico y al hombre común, pues le brinda un medio de aliviar la tensión y trasladarla del interior al exterior, bajo la forma perversa del odio racial, la violencia y la agresión. Idea fecunda que permite comprender un poco mejor la ambigüedad de la persona «media», y las innumbrables paradojas de la acción política, tanto los elementos que constituyen el caldo de cultivo, como la preparación del terreno en el cual se desarrolla la psicología de masas y del fascismo.

El peso de la represión y el miedo a enfrentarse a la realidad de su propia libertad, conducen al apolítico a encerrarse en sí mismo y conformarse con su situación, esperando un milagro o un líder salvador.

El estudio de los lazos que unen la alienación de la identidad individual y la imagen del líder, es otro de las aportaciones originales del pensamiento de Reich. En sus reflexiones queda bastante claro que la pieza maestra en el análisis de la psicología de las masas, es la idea y el culto nazi del líder supremo (5). La imagen de Hitler domina y al mismo tiempo oscurece la comprensión de la dinámica fascista. Reich tiene razón cuando subraya que un líder obtiene éxito en la medida que su ideología resuena y es compartida por el individuo masificado. De hecho, contentarse con decir que las masas son víctimas de la «demagogia fascista» no solo es insuficiente, sino que carece de peso explicativo. Dicho en otras palabras, el líder fascista juega el rôle de catalizador emocional. Por tanto, el verdadero problema a dilucidar, deja de ser el liderazgo en sí mismo y, en cambio, es importante examinar sus vínculos con la estructura familiar y el sentimiento nacionalista de las masas. En resumen: todo sistema social autoritario reproduce, normaliza y masifica la mentalidad conformista a través de los grandes agentes de socialización (familia y escuela). Reich escribe: «mientras más impotente lo ha dejado la educación autoritaria, más fuerte es la tendencia del individuo a identificarse con la figura del líder». Esta nueva alienación sirve de puente a la incorporación (virtual) de los fundamentos de la grandeza nacional y la adhesión al estado autoritario que encarna el líder personalmente.

Evidentemente, la «mistificación de las masas» no basta para explicar la victoria de Hitler y la profunda implantación de la ideología fascista en el alma alemana. Podemos convenir que la familia, la educación, la propaganda e incluso la personalidad del líder son factores condicionantes de una gran importancia, pero la dinámica social es imputable a la dialéctica de la situación. En efecto, lo importante no es lo que el líder hace, piensa o dice, sino lo que las masas perciben, lo que ellas piensan de lo que dice y hace, y las condiciones bajo las cuales, ellas reaccionan a los actos de persuasión del líder.

Finalmente, es probable que las ideas históricas y sociológicas de Reich sean convergentes con el diagnóstico político general propuesto por las escuelas marxistas, pero nadie podrá negar que la agudeza clínica del análisis del carácter es una contribución original y fructífera para apreciar el significado y alcance de la ideología fascista y la estructura psicológica de masas.

Manès Sperber (1906-1984): la tiranía y la lógica del hombre sumiso

Menos exuberante que Reich y su obra, los trabajos de Sperber contienen una sutil reflexión sobre el proceso político del fascismo y la lógica de la tiranía, que conduce a las masas a someterse a un hombre salvador. Mientras Reich se proyecta como un visionario, la actitud de Sperber (también militante) es antes que nada la de un psicólogo. La obra principal de Sperber «El análisis de la tiranía» data de 1937. Su visión clínica es penetrante. El carácter criminal y enfermo de Hitler confirma de manera macabra sus interpretaciones.

La psicología de Sperber desarrolla en el terreno político las aportaciones de la teoría de Alfred Adler sobre el complejo de inferioridad. La neurosis —piensa Adler— es el producto de una sobrecompensación. El ser humano adquiere precozmente un sentimiento de vulnerabilidad y una fuerte necesidad de seguridad. Si al comienzo de la vida, los cuidados parentales protegen y dar seguridad al niño, más adelante deberá aprender a contar solo con sus propias fuerzas y recursos. La familia ofrece un contexto, pero otros factores sociales intervienen de manera decisiva. El individuo se encuentra sometido a un esfuerzo para compensar sus carencias y conservar su propio equilibrio. De ahí la búsqueda y la voluntad de poder que se impone el hombre como una meta en sí misma. Las grandes dificultades y contradicciones que operan entre los sentidos individuales y comunitarios de la vida provocan una fuerte tensión y un sentimiento de inferioridad agudo.

La neurosis se anida en medio de tales contradicciones, y se manifiesta efectivamente a la vez como un deseo profundo de seguridad afectiva y una fuerte voluntad de poder. Esta paradoja es social. La sociedad moderna ha agudizado este estado de contradicción y no cesa de producir individuos incapaces de vivir su propia libertad.

Sperber desentraña, con las herramientas del análisis adleriano, los mecanismos de la psicología de la política, y especialmente pone de manifiesto las formas de la tiranía, puesto que «todo conocimiento del ser humano es al mismo tiempo, psicología individual y psicología social crítica». Como buen conocedor de la realidad social, reconoce que la mayoría de los hombres no son políticos, o más bien que creen no serlo. Pero en los hechos conviene reconocer que están psicológicamente condenados a vivir bajo la forma de «zonn politikon».

El enfoque psicológico de Sperber, contrariamente al de G. Le Bon (6), permanece anclado dentro de la tradición individualista. Se trata de analizar

la masa y extraer los individuos que la componen, con el fin de estudiar sus reacciones políticas en el seno de la situación económica y social que vive en un momento dado.

Su tesis es simple: la tiranía no es un accidente social debido al azar. Existen condiciones sociales que la hacen posible. En este sentido, Sperber reconoce que este aspecto es un trabajo propio de la sociología. En cambio lo que le interesa al psicólogo es la cara subjetiva de la tiranía.

El procedimiento propuesto por Sperber es la observación rigurosa del caso individual. Antes de emitir un juicio es preciso observarlo, adquirir un conocimiento demostrable y comprender el alcance de la cuestión así abordada. El punto de partida es un conocimiento del sistema de referencias del individuo. Sin embargo, la regla de observación exige un complemento: la adopción desde el principio del punto de vista de los otros. En definitiva, aprender a ver como el otro, verlo como él se ve a sí mismo.

La tiranía es incomprensible, afirma Sperber, sin la lógica propia que la acompaña. Una gran sed de trascendencia hace del tirano un ser contradictorio (formalmente) y complejo, que recurre a una lógica personal que le lleva a rechazar toda crítica y a no alcanzar jamás un estado de equilibrio. Su vida es una crisis permanente que no perdona ni la debilidad ni las vejaciones de los demás.

¿Qué principio psicológico está en juego?. La hipótesis de Sperber se expresa así: «todo humano es un devenir contradictorio». Para comprender, es preciso ubicarse dentro del devenir del sujeto y de sus sistemas de referencia y apreciar la manera como la contradicción se vuelve (a sus ojos) lógica. El pensamiento tiránico es amenazador y poderoso, pues pone en escena una multitud de razonamientos verosímiles que reducen, en parte, la fuerte carga emocional (7) de su discurso. La argumentación debe transformar en coherentes sus afirmaciones vehementes e irracionales, así como sus conductas contradictorias.

Sperber (nos) ofrece un ejemplo. Tomemos un individuo cualquiera, que es al mismo tiempo servil en el trabajo ante sus superiores y despótico en casa con su mujer. Podemos decir que este individuo vive una contradicción evidente. Sin embargo, al observar su comportamiento es *difícil* apreciar algún síntoma de perturbación o de malestar interno.

¿Cómo explicar este hecho?. La razón se encuentra en la manera como las dos actitudes (sumisión y autoritarismo) se pueden conciliar a través de una misma argumentación lógica. El razonamiento contiene dos episodios lógicos: primero, delante de sus superiores, nuestro sujeto cumple las órdenes, con la profunda convicción que un día podrá convertirse en jefe, para hacer reinar el orden y la misma disciplina. Segundo, en su casa, ante su

mujer, su rôle es el de jefe y, por tanto, tiene derecho a exigir orden y obediencia. De hecho, y lógicamente, se trata de la aplicación de la misma regla de autoridad. Vale la pena recordar que esta concepción de la autoridad ha sido enormemente respetada en todos los círculos organizados desde la antigüedad. Un aforismo resume perfectamente su alcance: quien desea mandar, debe saber obedecer. La fuerza retórica de esta regla crea una realidad verosímil, cuyo resultado no solo justifica la obediencia y la disciplina en ambas situaciones, sino que además reduce la angustia y la disonancia.

El tirano, los otros y la tiranía

La tarea del psicólogo (político) consiste en explicar por que los hombres admiran a aquellos mismos hombres que los maltratan. Un principio de explicación debe integrar que los fundamentos de la tiranía es el reflejo de las condiciones psicológicas que se encuentran en la formación de la conciencia individual. Aunque la existencia de la tiranía se justifica y se estructura a través del tirano, sin embargo, Sperber señala perspicazmente: «la tiranía no es solo el tirano y sus cómplices, sino también sus víctimas, aquellas que los han creado». Para que un individuo llegue a alcanzar el rango de tirano, es necesario que se encadenen en una misma crisis de la sociedad, diversos trastornos éticos, económicos y políticos.

Cuando los equilibrios sociales están rotos y desaparecen los puntos de referencia morales, los individuos se encuentran a la merced de los grandes demagogos y los candidatos a tirano. Pero, mientras el demagogo utiliza el egoísmo de los individuos, el tirano propone encargarse de los problemas de todos y de cada uno. La masa de seguidores de demagogos y tiranos sufre directamente las condiciones de la crisis, pero espera pasiva un milagro y alguien que los libere del peso enorme de la desesperanza. El tirano en potencia se presenta así, bajo un signo profético, pues les promete un privilegio inaudito: gozar de la irresponsabilidad.

El candidato a tirano refleja la crisis aguda que vive la sociedad en un momento dado, la transforma en misticismo semi-religioso y le otorga un sentido simbólico. Su promesa es bíblica: eliminar la injusticia y garantizar la prosperidad eterna. Para ello identifica claramente los enemigos, exige una fuerte dosis emocional de odio y muestra acusador los chivos expiatorios. Su discurso simplifica y crea una realidad, en términos maniqueos de bien y de mal, basada en sus motivaciones más primitivas. A través de la retórica, el tirano transforma los valores y se otorga la facultad de menos-

preciar a los más débiles y los marginados, aquellos que son diferentes al modelo del superhombre —propuesto por la ideología fascista. Al mismo tiempo, exalta la autovaloración y el poder de la raza elegida. Así, los partidarios del tirano podrán justificar la intensidad y la dirección del odio, en función de las características (raciales, intelectuales, políticas) de la víctima designada. La palabra del tirano, como la del demagogo, se basa en una emoción específica, que constituye el zócalo psicológico de su mensaje: el resentimiento.

La tiranía no surge de la nada. Al contrario, la tiranía es una larga sucesión de hechos, maniobras, intrigas, traiciones, eliminación de rivales, hasta que progresivamente se instaura un reino de violencia, cuyo resultado es la aplicación fanática del terror. El tirano fascista en su apogeo razona y gobierna como un terrorista absoluto, que exige (insaciable) la devoción y la sumisión total de todo su mundo.

En sus comienzos la tiranía se alimenta de la apatía, la inconsciencia y la falta de coraje de todo un pueblo sometido a una situación de minusvalía extrema, agotado y sin fe en las instituciones. Se comprende entonces, que un pueblo se puede entregar más fácilmente en cuerpo y alma a un tirano que seguir los consejos de aquellos (intelectuales) que hacen llamadas a la razón, al esfuerzo y a la idea de libertad. En ciertas condiciones de desamparo, de duda y de frustración, incluso los pueblos civilizados se dejan tentar por la soluciones milagrosas propuestas por los demagogos y aprendices de tirano.

Así, las corrientes irracionales que pueblan los pensamientos de estos hombres, son hábilmente puestas al servicio de los viejos mitos de redención. De esta forma, entre el tirano y los pueblos se establecen lazos emocionales muy fuertes, cuyas fuentes se pierden en la noche de las creencias mitológicas del hombre.

Cuando Sperber evoca la imagen del tirano, la contrasta con aquella del jefe, y concluye: el tirano no es un jefe. Un ejemplo le permite precisar la idea. Robespierre es un jefe que se transforma en tirano. La causa es psicológica. Robespierre confunde la virtud política con su propia virtud y la virtud del terror con el terror de la virtud. Es un jefe que viola sus principios al convertirse en tirano. Un tirano ha perdido los principios universales y los ha transformado en sus deseos personales.

Sperber coloca en los labios de Danton la frase siguiente: «el jefe verdadero no es un hombre enamorado y celoso de una idea, sino aquél que une al amor de la idea, la facultad de poder determinar, en todo instante, cual es la parte de la idea que puede hacerse realidad en cada nueva etapa.

Robespierre no lo comprendió. Fue un mal jefe. Porque lo era, y no quiso reconocerlo, se convirtió en tirano y en asesino de la Revolución».

La historia muestra, incluso en nuestra época, que los pueblos tienen necesidad de jefes, lo cual facilita en momentos de desolación la presencia de tiranos. Sin embargo, tiene una gran importancia psicológica establecer diferencias entre uno y otro. Un jefe, escribe Sperber, encarna la voluntad general, mientras que el tirano impone su propia voluntad, sin tener en cuenta la de los demás, y exige un reconocimiento total de infalibilidad.

Serge Tchakhotine: la violación de las masas

Desde una posición teórica diferente, Tchakhotine —al igual que Reich y Sperber— milita contra el fascismo. Poca información existe sobre su vida. De origen ruso, discípulo de Pavlov y doctorado en Alemania, su participación política y teórica antifascista se concentra en los años treinta como responsable de la propaganda del «Frente de Hierro», organización de masas del partido socialdemócrata alemán (PSDA), y posteriormente en las filas de la SFIO. (8)

La obra de Tchakhotine *Le viol des foules par la propagande politique*, publicada en 1939 pocos meses antes del estallido de la segunda guerra mundial, es un texto denso, reiterativo y en algunos pasajes confuso. Pero se trata de un excelente «compendio» (casi 600 páginas) de análisis políticos del fascismo, de exposición de teorías psicológicas y de técnicas de propaganda.

El punto de partida es la constatación de un hecho político trascendental: la destrucción de la democracia. La toma del poder de Hitler es descrita como el resultado de la decadencia democrática. Tchakhotine apunta a una crítica sociológica antigua: las democracias no son más que oligarquías disfrazadas. En su opinión, el conjunto de los dirigentes socialdemócratas y de los grupos políticos de izquierda son responsables ante la historia de tal desastre. Incapaces de valorar con perspicacia y sin el coraje necesario para hacer frente al peligro fascista, y demasiado habituados a las maniobras de pasillos, permanecieron paralizados ante Hitler.

Tchakhotine denuncia esta actitud con violencia: «la cabeza (los dirigentes)... está podrida» Ahí radica nuestra debilidad, la dirección frena toda acción y toda tentativa de combate, pues ha perdido esperanza y no tiene confianza en las masas, en la organización ni en ella misma». La crítica es lapidaria. La historia no tarda en darle razón.

La llave maestra del fascismo: la propaganda

La originalidad de Tchakhotine es haber captado teórica y prácticamente el motor del sistema fascista: la propaganda política.

Normalmente la propaganda contiene dos formas de persuasión: una, se basa en el razonamiento (ratio-propaganda); la otra, establece un nexo estrecho con la sugestionabilidad (senso-propaganda). La máquina propagandística del nazismo se centra en las reacciones emocionales e intenta desencadenar tanto el temor como el entusiasmo. La «senso-propaganda» agita los sentimientos y busca impresionar las masas, aterrorizar a los enemigos, al mismo tiempo que exacerbar la agresividad de los propios partidarios.

Hitler declara: «para ganarse a las masas hay que contar, en proporciones iguales, con su debilidad y su brutalidad». Y en otra ocasión dice: «en su gran mayoría, el pueblo se halla en una disposición y en un estado de ánimo hasta tal punto femenino, que sus opiniones y sus actos son determinados mucho más por la impresión producida sobre sus sentidos que por la pura reflexión». Su confianza en la propaganda como un arma de combate, la confirma abiertamente en su discurso de Nuremberg en 1936: «la propaganda nos ha llevado hasta el poder, la propaganda nos ha permitido conservar desde entonces el poder, también la propaganda nos dará la posibilidad de conquistar el mundo».

Tchakhotine aplica los principios de la reflexología para explicar el proceso de la propaganda. Establece cuatro grandes familias de reacciones innatas: combativas, alimenticias, sexuales y parentales, que forman la base de toda la construcción psicológica del hombre. Estas reacciones se relacionan directamente con los mecanismos de conservación del individuo y de la especie, tal como se puede observar en el esquema siguiente:

<i>Mecanismos de conservación</i>	<i>Reacciones</i>
del individuo	Combativas Alimenticias
de la especie	Sexuales Parentales

En realidad, la propaganda nazi no contiene ninguna idea original, al contrario es un inventario detallado de técnicas y procedimientos utilizados por otras fuerzas políticas —especialmente del movimiento socialista, el fascismo italiano y las antiguas prácticas proselitistas de la Iglesia Católica. Sin embargo, el sello característico del enfoque nazi, bajo la dirección de Goebbels, es la concentración de todos los medios de información y la integración global del mensaje (9), cuya forma y fondo se confunden en un mismo impulso emocional.

Por otra parte, la propaganda fascista utiliza maquiavélicamente la guerra de símbolos políticos. Tchakhotine demuestra su importancia y la relación jerárquica entre símbolos como expresión aguda de la doctrina nacional socialista.

SIMBOLO

LEMAS

PROGRAMA

DOCTRINA

Según Tchakhotine los símbolos pueden canalizar a través el condicionamiento una gama infinita de sentimientos y de emociones. La esvástica, la cruz y la alianza del martillo con la hoz contienen una poderosa fuerza evocadora que no precisa, hoy en día, ser demostrada.

Resulta significativo que en la manipulación de la propaganda, tanto Hitler como Goebbels confiaban poco en el azar y la improvisación. Las reuniones públicas eran uno de los aspectos que los jefes nazis preparaban con más cuidado. La «puesta en escena» de desfiles y las concentraciones de las masas obedecen a un estudio y planificación técnica del ritmo y los efectos emocionales. El delirio de las multitudes, subraya Tchakhotine, es un estado rítmico con períodos de tensión y relajación. Lo que es válido para el discurso político, es también válido para preparar a las masas para el encuentro con el orador, más aun cuando se trata de Hitler en persona. La táctica de los grandes mítines consistía en una arenga frenética, que sumía en un estado semi-hipnótico a los oyentes, ya ampliamente sensibilizados a recibir el mensaje, a través de las marchas militares y los cantos militantes,

los bosques de banderas, los gritos repetidos de fidelidad al jefe y la larga espera hasta la hora del crepúsculo, cuando Hitler entraba en escena. El ritmo y la cadencia tienen un efecto probado: inhibir la conciencia. Desde la más alta antigüedad es conocido el poder del ritmo en la introducción de estados de excitación y de semiconciencia: trompetas, flauta frigia, tambores, bombos y platillos.

Es imposible resumir las múltiples referencias y reflexiones que Tchakhotine desarrolla en su vasto libro. La obra abunda en ejemplos y explicaciones neurorifisiológicas, que aportan un contenido empírico al mecanismo del condicionamiento clásico y su gran importancia en la vida afectiva. Resulta asombroso como una multitud, incluso compuesta de gentes razonables y cultas, fácilmente puede ser inducida a realizar acciones inútiles e irracionales, a través de la estimulación de los diversos sentidos, especialmente la vista y el oído.

Algunas pistas para explorar y otras para profundizar

Si el síndrome de Weimar constituye un caso de estudio en ciencias políticas, la búsqueda de sus antecedentes y de sus consecuencias psicológicas, encuentra en los autores comentados, una fuente inquietante y profunda de pistas teóricas y de consejos prácticos.

Antes de concluir este ensayo, la gravedad de la situación hoy en Europa y, tal vez mañana, en el mundo) me sugiere esbozar algunas observaciones a la luz de las aportaciones de las teorías brevemente expuestas.

– El equilibrio social es siempre una cosa frágil. Pero ningún régimen desaparece de la noche a la mañana sin que algunas sirenas de alarma no hallan alertado del peligro. Si ese es uno de los papeles de intelectuales y científicos, como lo demuestran los estudios de Sperber, Reich y Tchakhotine, desgraciadamente, debemos rendirnos a la evidencia de que las masas y los dirigentes, muchas veces permanecen sordos y mudos. En definitiva, en política suele existir una gran diferencia entre oír y escuchar

La democracia es un régimen ambiguo. No basta contentarse con la idea de que es el menos malo de todos los propuestos. Cuando la democracia se deteriora, el resultado es la tiranía y puede conducir a la más monstruosa de todas: el nazismo.

Los grandes desastres sociales y políticos se producen lentamente, paso a paso, de torpezas en errores, de ligerezas en cobardías, de oportunismo en maquiavelismos, de discursos sin hechos y hechos sin discursos, de promesas en traiciones, hasta que el aparato del estado y la demagogia se confunden de tal manera que nadie es capaz de desentrañar el mal del bien.

– En las sociedades complejas toda crisis profunda se acompaña de un bloqueo de las elites gobernantes. El pueblo–elector deja de creer en ella y un sentimiento de callejón sin salida corroe la confianza en las instituciones republicanas. La psicología del fascismo nos enseña que el miedo anida en la duda y la espera. La sensación de morosidad hace que las bases fundadoras (morales) del régimen democrático se vuelvan vulnerables.

– La ceguera de la clase dominante, en los momentos más álgidos de su historia, es un hecho histórico recurrente. La decadencia de las elites griegas y romanas han dejado huellas profundas en la memoria de los pueblos.

– La distorsión perceptiva de aquellos que tienen en sus manos los destinos de la nación, es uno de los aspectos psicológicos más interesantes de la crisis de los años treinta. Su actualización hoy, con la presencia de más de 18 millones de desempleados en Europa, muestra que la situación reclama con urgencia una reflexión profunda.

– La historia muestra otra constante insólita: los candidatos a tiranos dicen, generalmente, lo que piensan y hacen lo que dicen, lo cual no solo contrasta con la conducta de la clase política, sino que constituye uno de sus méritos mayores a los ojos del pueblo insatisfecho.

En el caso del tirano totalitario —todos lo son— pero hay algunos que lo son más que otros, nos encontramos frente a un político de «nuevo tipo», según la fórmula retórica de Lenin.

– Si un «psicovirus fascista» pudo contaminar a la mayoría del pueblo alemán y manifestarse con menor virulencia en otras naciones, una cuestión metodológicamente interesante se plantea ¿porqué algunas personas, sometidas como la mayoría a las mismas condiciones que aquellas que se convirtieron al fascismo, no fueron contaminadas y lograron mantenerse inmunitizadas?

Mientras que Sperber reconoce que cualquier persona se puede convertir en fascista, solo Reich trata directamente el problema de una «terapia política». Su propuesta consiste en desarrollar la conciencia racional con el fin de poder desmontar los mecanismos psicológicos, y las trampas retóricas del discurso fascista. Sin embargo, es claro que su proposición es insuficiente. Nuevas perspectivas pueden abrirse a través del estudio de los factores integrantes del proceso de crisis social e identidad del discurso político (10).

– Todo poder se identifica con una personalidad. En el caso del fascismo, el jefe es la condición *sine qua non*. El nazismo no es nazismo sin su *medium*, Hitler. Aunque se trata del caso extremo, sin embargo, la cuestión del rôle del individuo en la historia se plantea cada vez que la estructura social se fractura, y las masas desorientadas y apáticas se precipitan a través

de la brecha abierta por un movimiento carismático. En múltiples ocasiones la experiencia muestra que las masas, en los momentos de ruptura, siguen a un hombre y no un programa, las grandes ideas deben estar encarnadas antes de transformarse en proyecto y doctrina. La tipología de M. Weber propone un enfoque, actualmente clásico, que precisa una actualización sobre los modos de intervención del líder carismático en la historia.

– Todos aquellos que se interesan y actúan en política deben prestar mayor atención al rôle (político) del ejército. Es indispensable guardar en la memoria y seguir con atención las evoluciones del pensamiento, las técnicas y las reflexiones de los militares respecto al funcionamiento de la sociedad. No hay que olvidar que hasta hoy en día, los ejércitos (sin olvidar a los servicios policíacos) representan la más poderosa institución de orden y control social, en la que se apoya las otras instituciones sociales, especialmente el gobierno y la justicia. El general Seeckt (durante la República de Weimar) explica jurídicamente su posición y su función: «el ejército encarna la voluntad y el poder del estado, frente a las fuerzas que le son hostiles. Su tarea consiste en asegurar el orden del edificio social. Como el estado, el ejército no es un fin en si mismo: ambos constituyen las formas a través de las cuales un pueblo manifiesta su voluntad de vivir y mantenerse». El mismo autor escribe a propósito de una cuestión política central: la evolución (observable) de los ejércitos: «El error de todos aquellos que organizan los ejércitos es considerar su estado momentáneo como un estado permanente. Olvidan que las naciones se transforman y que para vivir un ejército debe moderarse bajo la curva de los acontecimientos». (11)

Mas vale prevenir que curar

Finalmente, pienso que es indispensable por precaución e higiene social que de vez en cuando los ciudadanos y aun más los especialistas, revisen la cuestión del totalitarismo y de la tiranía. Sostener que la historia se repite, como quien dice se autocopia, es un error mecanicista. Pero, también es una falta grave, creer que la convergencia de condiciones similares no puede engendrar una tentación de retomar los viejos caminos que conducen al borde del abismo.

Prevenir, justo prevenir a tiempo, es modificar el curso de los eventos y facilitar la búsqueda de soluciones de equilibrio. Las ciencias sociales, como lo expresa duramente Leo Strauss, aun se encuentran desarmadas frente a la peor de las epidemias políticas: las tiranías totalitarias.

Notas

(*) Este texto recoge, en parte, una ponencia presentada en el coloquio sobre «individuos, masas y crisis democrática», realizado en la Universidad de Caen el 4 de abril de 1997, y una conferencia impartida en el «círculo del tercer milenio», el 5 de junio de 1997. La discusión con los participantes ha enriquecido tanto la forma como el contenido de este trabajo.

- 1) Un análisis de la actitud de las ortodoxias marxistas y psicoanalíticas, respecto al trabajo de Reich, puede servir de sutil introducción a la cuestión del autoritarismo y del fascismo. Pero sería desviarnos del propósito de este artículo puesto que exige un enorme cúmulo de informaciones históricas.
- 2) La teoría reichiana de la estructura del carácter se expresa en términos de un proceso de «economía sexual», cuyo origen es la energía vital biosexual, inhibida por las convenciones sociales e ideológicas, que produce una actitud socialmente conformista y psicológicamente patológica.
- 3) El anti-conformismo se expresa en términos de rebeldía y de crítica, de ahí que Reich ponga sus esperanzas en el arte y el conocimiento científico. No es el momento de entrar en la discusión de las aplicaciones epistemológicas de la teoría de la «economía sexual», propuesta por Reich, y sus convicciones políticas personales fuertemente influidas por Freud, Marx y Rousseau. Lo esencial en el contexto de esta presentación, es retener su lógica de análisis y las implicaciones prácticas que le conducen a analizar la psicología de masas del fascismo.
- 4) De Marchi, un biógrafo de Reich, señala, sin embargo, que Fromm y otros han confiscado un gran parte de la obra de Reich.
- 5) El culto a la personalidad solo representa uno de los elementos que componen la noción fascista de líder.
- 6) G. Le Bon es el fundador de la psicología de masas y del estudio psicológico de los fenómenos políticos. Su influencia a comienzos de siglo es notable y muchas de sus observaciones son utilizadas y comentadas paradójicamente por Freud y Hitler.
- 7) Creo que la idea de carga mental o emocional, que utiliza Sperber, se acerca mucho a la idea que Festinger trata de expresar bajo el mecanismo de la disonancia cognitiva.
- 8) La SFIO (sección francesa de la internacional obrera) corresponde en aquella época a la socialdemocracia de la segunda internacional. Las actividades poéticas de S. Tchakhotine en el movimiento socialista francés están ligadas a la figura de M. Pivert, líder de izquierdas, y a la organización de la propaganda. Algunos autores (D. Guerin, F. Zeller y J.P.Joubert) confirman la presencia de Tchakhotine, y su papel en la invención de las «tres flechas», que desde 1936 fue reconocido como el símbolo oficial del partido socialista hasta 1971, que fue reemplazado por el «puño y la rosa» bajo la directiva de F. Mitterand.

- 9) El papel organizador de Goebbels es primordial, y su voluntad de planificar y ejecutar la propaganda bajo su única autoridad, en relación exclusivamente con Hitler, otorga al aparato de la información una coherencia y una eficacia sin precedentes. Los famosos carnés de Goebbels son reveladores en la orientación y la actividad del ministerio de la propaganda.
- 10) Los estudios de E. Enríquez, J. Barus Michel, L. Ridet toman en consideración las figuras de la crisis desde una perspectiva clínica.
- 11) El caso del ejército Chile y su conducta en el golpe de Estado de 1973, es uno de tantos que confirman plenamente las opiniones y la descripción sociológica del General Seeckt.

References

- Adorno T. et al (1950): *The authoritarian personality*. Harper. N. York.
- Barus Michel J. et al (1996): *Crises*. Desclée de Brouwer. París.
- Dood L.(1950): Goebbels's principles of propaganda. In Morgaras M. (1985): *Sociología de la comunicacion de masas*. GG Massmedia. Barcelona.
- Dorna,A.(1985): L'analyse de l'Etat militaire chilien. *Humanisme* no 183. París.
- Enriquez,E.(1983): *De la horde á l'Etat*. Gallimard. Paris.
- Milgram, S.(1967): *Soumission á l'autorité*. Calmann-Levy (1974). Paris.
- Sperber,M.(1937): *Psychologie du pouvoir*. Jacob. (1 995). Paris.
- Reich,W.(1933): *La psychologie de masse du fascisme*. PBP. (1977). Paris.
- Strauss,L.(1983): *De la tyrannie*. Gallimard. Paris.
- Tchakhotine,S.(1939): *Le viol de foules*. Gallimard (1 952). Paris.
- Weber,M.(1 97 1): *Economie et société*. Plon. Paris.
- Zimbardo,P.G.(1973): The psychological power and pathology of imprisonment. En Aronhson et Helreich (Eds): *Social Psychology*. Van Nostrand. N.Y.

Alejandro Dorna es profesor de Psicología social en el Centre D'Etudes de Psychologie Sociale de la Universidad de Caen. Es miembro del *Groupe de Recherche sur la Parole*. Son campos de investigación son la Psicología política y la Psicología de las organizaciones. Destacan sus investigaciones, en colaboración con R. Ghiglione, sobre "El proceso de comunicación política y el análisis de los líderes y los discursos políticos. El seminario sobre *Individuos, Masas y Crisis Democrática*, realizado por un grupo de reconocidos especialistas, es una de sus últimas aportaciones. Universidad de Caén. Explanada de la Paix 14032 Caen Cedex. Francia